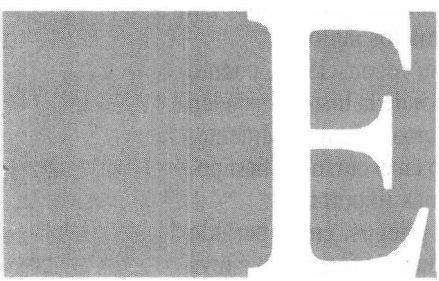
Nikos Kazantzakis, el viajero*

Lula Konstantinidou



ntre los más destacados escritores de viajes, que trasplantaron a la crónica de viaje la disposición filosófica, la armonía del juicio reflexivo, la crítica más profunda a hechos y cosas, y que vieron y estudiaron la tradición popular, la cultura histórica, la marcha y evolución de cada lugar, las reliquias salvadas, el ser nacional culto y tradicional, que pusieron en parangón la fecundidad y la creación, está indiscutiblemente —en la cúspide de todos ellos— Nikos Kazantzakis, este insaciable Odiseo de nuestra literatura griega, que entregó, también en la poesía y la novela, gran parte de lo mejor de su ser.

Este viajero creador no es un simple emigrante que tiene por bagaje la común curiosidad humana. Es la masa de gran sombra de un barco que navega en alta mar, que ancla en los grandes puertos de los océanos, que frecuenta a los trabajadores de los muelles, que entra a los bajos fondos de los puertos, que deja su sombra en las calles y en las plazas de cada país, y estudia el alma y el espíritu, y observa los objetos, los monumentos; disecciona cuidadosamente el lugar horizontal y verticalmente; profundiza en la substancia de las cosas; describe temas y elementos de precioso significado nacional; separa aquello mínimo pero que

Byzantion Nea Hellás
Centro de Estudios
Bizantinos y Neohelénicos
Fotios Malleros
Facultad de Filosofía
y Humanidades
Universidad de Chile

Traducción del griego por Miguel Castillo Didier.

contiene en sí el más alto significado, para decirnos su pensamiento definitivo, incomparable en encanto y estilo.

Kazantzakis el viajero es, como el novelista, un diestro manipulador de la palabra; es primero que todo y más que todo, el filósofo, el innovador que reconoce su dialéctica moral, recordando al lector *la trágica presencia del ser humano en este mundo*.

Vio estos lugares hace varias décadas. Desde entonces, muchas cosas han cambiado, naturalmente. Sin embargo, el núcleo de la vida sigue siendo el mismo. El relato del pasado es principalmente algo que no se altera en ningún período de tiempo. Por otra parte, su pensamiento, sus convicciones, la defensa de sus ideas, aquella su sed incurable de comparación de las condiciones culturales, es un asunto que no admite cambios.

En Rusia nos hablará sobre la cosmogónica revolución que cambió radicalmente la vida de los hombres, que modificó el aspecto de las ciudades y del campo, la cotidianidad de la vida, en el mayor experimento de todos los siglos.

Narra cuanto ve, cuanto lo conmueve, cuanto turba su inconsciente, cuanto crea dentro de él la sensación de que las manecillas del reloj de la historia señalan algo substancial y superior a lo común y efímero. Sus juicios son, naturalmente, subjetivos, quizás muchos exagerados; otros han cambiado en el curso del tiempo. No nos detenemos en estos elementos, aunque son los más importantes.

Kazantzakis vio a Rusia, entre los primeros escritores griegos, en un período prebélico, en una época en que esta inmensa república comunista forjaba su nueva cultura. Habló sin prevenciones, tanto que hubo muchos malos entendidos sobre aquel viaje suyo. Si lo escribiera hoy, no sabemos cuántas páginas rompería, cuántas cambiaría. Con todo, lo esencial es que ese viaje fue el primer contacto del logos griego con aquel país.

En Japón y en China, las cosas eran algo distintas. Si hubiera tenido tiempo, habría podido escribir muchos tomos sobre esos países. Pero cuanto dijo permanece como algo único.

Ese viaje suyo es una peregrinación filosófica por esos inmensos países y la sapiencia de su creador nos deja asombrados.

Todo lo que narra este hombre atestigua sus vastísimos conocimientos, su profundísima fe en el hombre, su apología de la contemplación, la medida de un material que no se basa en ideas aisladas, sino que se ordena en capítulos de fecunda observación, en temas que amplían el saber y sostienen un edificio de excepcional significación. La historia, el espíritu, el combate humano, el modo de vida, las condiciones que unas veces unen y otras separan las fuerzas liberadoras, son los elementos que ligan estas excelentes páginas.

(De su libro *Viajando por Japón-China*).

"Cuatro enormes países se yerguen el uno frente al otro: China, Rusia Soviética, Estados Unidos y Japón. Aquí, en el Pacífico, se jugará el gran juego, la guerra futura. Y ay de los vencidos y acaso también de los vencedores.

China, el 'caos'. El inagotable manantial humano, el hormiguerío amarillo que asciende todo barro desde las tierras empapadas de los ríos, y de nuevo se hunde y vuelve a subir. Treinta millones ahogó el río hace pocos años. Y China no se dio cuenta. En nueve meses, treinta o cuarenta millones subieron de nuevo desde el lodo.

La Rusia Soviética, que lleva una idea nueva al mundo. Y como todas las ideas nuevas, quiere tomar la tierra entera...

Norteamérica, con su culto de la máquina, de la cantidad, de la velocidad, del récord. Allí el tiempo se volvió dinero y el espíritu fue uncido al servicio de la materia...

Finalmente, Japón, la cuarta gorgona del Pacífico, el país misterioso, fatal, que lucha por amalgamar dos grandes antítesis y crear una síntesis superior. Amalgamar su alma oriental, impetuosa, contenida como un resorte de muchas vueltas, con todo el equipamiento material de la civilización occidental. Sus antiguos caballeros, los samurai, vestían una pesada armadura de hierro sobre el kimono de seda. Japón se esfuerza por permanecer tal: tierno y poderoso, sensible e inclemente.

¿Podrá crear esa síntesis? ¿O desaparecerá la antigua alma japonesa; se marchitarán todos los cerezos y este gracioso país devendrá un esclavo de la máquina? Terrible pregunta. De la respuesta que dará el Tiempo, depende el alma de Asia, es decir, del mundo.

En este momento, Japón se halla ante un peligroso camino bifurcado. Un camino: seguir inconteniblemente la civilización occidental, acrecentar el culto de la máquina, negar su antiquísima alma. El otro camino: conservar su alma, tradiciones, costumbres, instituciones, y que la civilización occidental sólo quede como una armadura realista sobre su cuerpo místico, como un medio para una visión superior de la vida, que supere su materialista concepción del mundo, tan sincronizada con la decadencia.

El servicio de la máquina es obligatorio. No podemos alcanzar el espíritu, si primero no cumplimos todos los trabajos de la materia.

La gran gesta contemporánea que debe cumplir no solamente Japón sino que toda la humanidad, si quiere salvarse, es ésta: dar a su nuevo cuerpo, agigantado por las conquistas materiales, un alma análoga, agigantada. Muchos han perdido esperanzas de cómo podrán ya cumplir esa hazaña Europa y Norteamérica. ¿Podrá acaso el Japón?".

(Del mismo libro, con el título de "Me despido del Japón").

"Creo que no existe en el mundo un país como éste que recuerde cómo sería la antigua Grecia en sus más brillantes momentos. Como en la Grecia antigua, así también aquí, en el antiguo Japón, la cosa más pequeña que sale de las manos del hombre y que sirve para la vida cotidiana, es una obra de arte, hecha con amor y gracia. Todo sale de alegres y hábiles manos que anhelan la belleza, la sencillez y la gracia, eso que los japoneses dicen en una sola palabra: sibuí.

La belleza en la vida cotidiana. Y todavía otras semejanzas. Los dos pueblos habían dado a la religión un rostro alegre y colocaron a Dios en contacto cordial con el hombre. Poseen los dos la misma sencillez y gracia en el vestido, el alimento, la habitación. Tienen análogas fiestas de culto a la naturaleza, las "anthesteria" y las "sakurá"; y de la misma raíz, la danza, sacaron el mismo fruto sagrado: la Tragedia.

También los dos pueblos se esfuerzan por dar al ejercicio corporal un objetivo espiritual. Los japoneses adoran el ejercicio del arco. ¿Por qué? He aquí cómo me lo justificaba un gimnasta japonés: 1. El arco presupone reflexión. Te acostumbra a reflexionar antes de lanzar la saeta. Y esta costumbre es indispensable en tu vida diaria, si quieres lograr una gran fuerza moral. 2. El arco fortifica la disciplina. Te acostumbra a permanecer sereno y esto tiene un valor incalculable en la vida del hombre. 3. El arco te enseña a ejecutar con gracia cada uno de tus movimientos.

Los griegos antiguos tomaron del Oriente y del Egipto los primeros elementos de su civilización, pero lograron transubstanciarlos, liberar el sagrado perfil del hombre de los dioses teratomorfos de la mitología, de la teología y del miedo. En forma idéntica, también los japoneses tomaron su religión de la India, los primeros elementos de su civilización de la China y de Corea; pero lograron, humanizando igualmente lo natural y lo monstruoso, crear una original civilización —religión, arte, acción—, y el rostro de la belleza.

Esta es una cara del Japón — la cara de la belleza. Pero posee también otra cara, severa, dura, decidida. Y esta cara recuerda el rostro de la Rusia Soviética. El mismo culto de la máquina, el mismo sentido del peligro que los rodea, la misma obstinación en alcanzar y superar a los occidentales. Los mismos saltos gigantes en la industria, e igualmente, más allá de la industria, un secreto objetivo ideológico. La misma fe en su misión medieval universal. Y los dos pueblos colocan como hito primero semejante en el cumplimiento de su misión el conquistar el Asia".

Alguien dijo en forma característica: "Kazantzakis en China se volvió oriental para decir la verdad desnuda".

Para algunos, ese texto era pesado, difícil de comprender, cansador. No gustó la manera de extenderse en largas charlas. Esperaban quizás ver —y cuando el texto se escribió eran escasos los modos conocidos de contacto con aquellos países— breves descripciones de impresiones sobre temas históricos y objetivos.

Por el contrario, encontraron en él una inmensa inundación de pensamientos

sobre variadas vivencias humanas, principalmente filosóficas e históricas; el palpar una multisecular civilización china. En substancia, sin embargo, el libro *Japón-China* de Kazantzakis constituye una verdadera joya de nuestra literatura de viajes".

(Fragmento del mismo libro *Japón-China* de Kazantzakis, con el título de "En una aldea china".)

"China es eterna. Fructífera, inmensa llanura, verde esmeralda en la primavera, gris plateada en el verano, entrañable, plena de leche, como una madre. Y sobre ella se inclinan, en pijamas azules de algodón, sus hijos, como hormigueríos, y beben de sus pechos.

Arroz, maíz, caña de azúcar, morales, té. Cual grandes venas, desde el talón hasta la coronilla, la riegan colosales ríos, de profundo ritmo. Todo aquí en China es tranquilo, de ritmo lento y simple, sin adornos vistosos, eterno. Aquí no se siente el frenético estallido y la prisa inquieta y desordenada que tienen los paisajes tropicales, que se diría los gobierna una ira irrefrenable de destrucción y de creación. Aquí, en China, el ritmo es paciente y profundo. No se apresura: actúa como inmortal. Sabe que los movimientos rápidos y nerviosos son efímeros y no corresponden a la seriedad y la perennidad de la tierra.

Pasan las generaciones, hombres y tierras y aguas colaboran pacíficamente con el seguro ritmo vegetal de la fecundidad. Sería de creer que el verdadero dios de China es el pensamiento sabio, práctico, perfectamente equilibrado, Confucio. Pero de improviso sucede algo sorprendente: la repentina rabia que domina al chino y lo hace saltar en el techo echando espuma e 'injuriar al camino', domina también al paisaje chino.

Remolinos descuajan ciudades, derrumban bosques; ríos se cambian de lecho, sumen en el lodo a miles de aldeas, ahogan millones de hombres. Tras la máscara serena y bien dispuesta de Confucio, salta burlándose, un feroz dios sanguinario, el oscuro señor de China, el Dragón, con sus escamas verdes.

Pero la tormenta pasa, salen de nuevo los hombrecillos del barro, vuelven a poner cimientos a sus chozas, abren de nuevo los surcos borrados, escardan otra vez la tierra. Se remienda de nuevo la máscara y Confucio aparece, otra vez, sonriendo tranquilamente, como si no hubiera pasado nada. Él sabe bien que no interesa en absoluto que el hombre piense en el abismo.

Durante muchos días vagaba por las llanuras chinas y pensaba qué ríos de sudor y de lágrimas han vertido los chinos para crear a China. Antiquísimos cantos suyos glorifican al Antepasado que hizo fecundas las salvajes soledades chinas, puso fuego a los abrojos, abrió las entrañas de la tierra con una piedra aguzada y le confió la semilla. Espesísimas gavillas los cardos. —¿Por qué les pegaron fuego los antepasados? —Para que sembremos nosotros los nietos. —Que se llenen las

eras. ¡Que se desborden las carretas! —¡Abundancia, abundancia! ¡Que se sacien las casas de los hombres!

El cheulí, la antiquísima Biblia china, que fue escrita más de mil años antes de Cristo, regula, desde hace treinta siglos, la incesante colaboración cíclica del hombre y la tierra. Todo surge desde la tierra; todo retorna a la tierra. El Universo es la sierpe mística que se muerde la cola, formando un sagrado círculo. Todas las cosas son sagradas, porque todas se transubstancian y circulan dentro del enorme reptil. Se unen cabeza y cola.

Lo que sale de la tierra tiene la obligación de volver a la tierra, y ésta asumirá la tarea de volver hacerlo salir a la superficie con una nueva forma...".

En Europa, Kazantzakis se vuelve más sencillo. En Inglaterra verá de nuevo como primer principio la historia de las épocas que conmovieron a esta tierra, su civilización, su espíritu, la originalidad de su material humano, su relación con el cuerpo general de Europa, pero también se le dará la oportunidad de ser una vez más un pensador profundo.

Sobre todas las cosas, él es el filósofo viajero que no quiere parecerse con el descriptor de una tierra, que podemos fotografiar en cualquier momento. Es indiferente respecto de la superficie y penetra al fondo de las cosas. En todo momento trata de descubrir por doquier el elemento dramático de la aventura humana en el mundo.

Esta energía suya termina en último análisis en un muy alto éxito de escritura.

(Fragmento del libro *Viajando por Inglaterra*.)

"Tocamos ya las costas de Inglaterra. Las casas simétricas de Fokston, con sus techos de tejas color guinda, desfilan ante nosotros en líneas monótonas, como un juego frebeliano. El día es hermoso; una bruma diáfana se arrastra sobre las piedras y la hierba. El cuerpo de Inglaterra despide vapor, calentado al débil sol, entre los grises mares helados.

Esta es la ribera, pienso, donde irrumpieron en seis oleadas los conquistadores. Las cuatro razas. Se arrojaron una en brazos de la otra, cercadas por el mar, sobre esta isla. Se precipitaron a llanuras verdes, montañas bajas, quietas colinas. En un clima húmedo, lluvioso, no muy cálido, no muy helado, variable, mortal para los delicados, fortificante para los fuertes.

Conquistadores y conquistados luchan, se reconcilian, se mezclan, crean la Gran Bretaña. Los sajones entregan sus rudos elementos aldeanos. Poseen un seguro sentido común, son obstinados, materialistas, glotones, bebedores, aman la libertad personal, sus casas y sus almas son fortalezas, levantan puentes colgantes, no dejan entrar a nadie sin su permiso.

Los celtas entregan la poesía, el amor por la música, por el baile, por la canción. Se embrigan de belleza, se pierden en la ensoñación. Sus ojos azules están desbordados de anhelos y visiones.

Los wikingos, los daneses, entregan el amor al mar, la inquietud, el amor por la aventura. Ellos no pueden caber en sus casas ni tampoco en sueños intangibles. Bueno el canto, bueno el baile, pero después de la aventura riesgosa. La belleza no es la esencia de la vida, es sólo su adorno. Miran más allá el cielo-mar y suben a los navíos para ver —aunque puedan desaparecer— qué hay más allá, tras el cielo-mar.

Y los normandos entregan la organización, la disciplina. Son económicos dueños de casa, les gusta poner freno a la fuerza, para utilizarla cuando venga el tiempo en obras útiles. Amantes de la lógica, odian —odian y temen— lo vago, lo indefinido, lo indecible, los anhelos ociosos. Sobre todas las cosas colocan la forma.

Cada raza, en el gran Banco de Inglaterra, deposita sus capitales. Todas se unen; ninguna desaparece. Ninguna se somete sin condiciones. Todas luchan y colaboran muy vivientes aún hoy. Por eso es tan rica, tan llena de impulsos opuestos el alma inglesa —espíritu práctico y ensoñación, bienestar y amor por la aventura, pasión y silencio—. Porque a menudo las cuatro razas también luchan en el mismo pecho.

¿Cuál es el objetivo central, común a todas sus luchas? ¿Cuál es la meta central que persiguieron y persiguen todos los componentes del alma inglesa y que los une? ¿Qué persiguen? ¿Qué pájaro azul?

Todo gran pueblo que creó una civilización tuvo su pájaro azul. Grecia, la belleza; Roma, el estado; los hebreos, la divinidad; los indios, el Nirvana; la civilización cristiana, el reino eterno.

¿Los ingleses? ¿Cuál es el pájaro azul que caza Gran Bretaña a través de los siglos?

He aquí la pregunta que agitaba mi pecho en el instante en que ponía mi pie en el peñón británico. Cada tierra nueva que pisamos puede y debe ser punto de partida para ampliar nuestro espíritu. Posee también el alma sus anhelos imperialistas; no puede y no debe vivir sin conquistar, hermana también ella de los grandes 'conquistadores'.

Mira la tierra y el mar como su herencia paterna y quiere tomar posesión de toda la superficie, visible e invisible, del mundo.

¿Qué valor tiene el que conquistes todo el mundo si no salvas tu alma? —preguntaban los ascetas cristianos. ¿Cómo puedes salvar tu alma si no conquistas el mundo entero? —piensan las insaciables almas contemporáneas.

Grande alegría, gran martirio —y cuando tocó a Inglaterra, mi alma se clavó en su tierra como una lanza. ¿Cómo puedes dominar un país? Sólo existe una manera. Hallar su sentido".

Y ahora, después de tanta insistencia, paciencia y búsqueda, vemos por fin pasar frente a nuestros ojos el ala azul, por el aire de Inglaterra. Y la reconocemos: es el ave ensangrentada, celeste, inmortal, que construyó por primera vez en este planeta su nido en Grecia: "la libertad".

La autoridad, la autenticidad, la vitalidad, la originalidad de la palabra, la mágica atmósfera, el estilo maestro, la lengua —aunque sea una áspera dimotikí con muchos insoportables dialectalismos—, toda su constitución espiritual, hacen que el viajero Kazantzakis se iguale con el narrador.

Naturalmente, el novelista superó en fama al escritor de todos los planos anteriores. La famosa *Odisea*, esta incomparable epopeya de nuestra literatura neohelénica, es un texto de conformación sagrada, diría uno. Es la poesía que une el espíritu griego contemporáneo con el antiguo.

Sin embargo, cuán lejos quedó esa genialidad del gran creador de la gran masa griega y extranjera.

En primer grado de toda su obra viene la novela: *Zorbás*, el *Cristo de nuevo crucificado, Libertad o muerte* y otras; sigue el viajero Kazantzakis; y última queda su producción poética.

Y sin embargo, también aquí existe la sed del viaje, la peregrinación, la marcha hacia un nuevo contacto con el mundo, el terrenal y el invisible.

El Odiseo de esta gran epopeya es un audaz griego que emprende el eterno viaje, a veces como aventurero, a veces como cazador de su destino, el demonio de una raza que no envejece, que domina el mundo, creando, o luchando en el infinito, con los demás hombres, cumpliendo poco o mucho de lo que la suerte le destina.

Nikos Kazantzakis es el decano de nuestros viajeros. Nuestro gran cretense dejó su sello personal como herencia y altísima lección para muchas generaciones venideras.

Es un escritor que en todo aquello de lo que se ocupó, mostró el genio de un espíritu incomparable.

En su obra se oculta la cima del pensamiento neogriego. Es un escritor de irradiación mundial, que dio gloria a las letras griegas, que demostró que el resplandor del espíritu antiguo sobrevive también en nuestra época.

Kazantzakis es un gran primer sacerdote en el magno templo de la apolínea sabiduría helénica. Un iniciado ideal, cuya obra, poética, narrativa, filosófica, nos enseña que la perennidad del espíritu coexiste en las raíces y en el cuerpo de la raza helénica. Florece en todas las épocas y el follaje de ese árbol cubre un gran espacio de la tierra.

Kazantzakis el viajero es un filósofo dotado —exactamente semejante a aquellos antepasados nuestros, los políticos, los legisladores, los historiadores, los filósofos—, que viaja no ya solamente para descanso de su alma y su cuerpo, sino para enriquecer sus experiencias, para enseñar a los otros hombres, para medir esta

gran lección de la geografía humana, el viaje, con la duración y la resistencia en el tiempo.

Entre aquellos personajes al menos de los últimos tiempos (porque volviendo atrás cómo no recordar a Pausanias, Heródoto, Jenofonte y más tarde a Chateaubriand, Pierre Loti, Byron, Demetrio Vikelas), muchos pertenecen al campo de nuestra prosa, como Zacarías Papandoníu, Kostas Uranis, Ilías Venezis, Petros Jaris, Yorgos Theotokás, Alkis Thrilos, I.M. Panayotópulos, Sfakianakis, Iasos Zapas, Vasos Vasilíu, Andreas Karandonis y tantos otros subsisten, permanecen, porque su verbo tenía algo distinto, entre el pensamiento y la impresión; poseía esa disposición que despierta en nosotros el deseo de volver a ver desde el principio lo que junto a ellos estudiamos, lo que rastreamos en una excursión por otros países y por personajes diferentes de los consagrados.

Por otra parte, la civilización humana no es nunca algo estático, inamovible. Posee punto de partida, progreso, auge, cenit, retroceso y ocaso. Y esa marcha, aunque sea ideal, en imaginación, constituye un incomparable y encantador viaje.

Nikos Kazantzakis nos dejó para siempre el 27 de octubre de 1957. Entre los tempestuosos mares de nuestra época, despedimos al cansado timonel en su gran viaje de retorno a Itaca.

Atenas, 1987.

Nikos Kazantzakis, the traveller

Lula Konstantinidou

The author takes up some of the aspects of the work of Nikos Kazantzakis as a writer of memoirs and travel impressions. The six books generically denominated *Travelling along...* are an important part of the production of the Cretan artist, who has been characterized as "this insatiable Odysseus of our Greek Literature". Lula Konstantinidou considers that the books of Kazantzakis stand out in the vast literature of travel written in modern Greek, because this untiring traveller "is not just an emigrant bearing his share of common human curiosity. He is the large-sized mass of a ship sailing the high seas, which drops anchor in the large ocean ports, mixing with the workers on the wharves, entering the disreputable districts in the portsleaving his seal in the streets and squares of every country; who studies the soul and the spirit and observes objects and monuments; who dissetcts the place in depth; who delves within the substance of things; who describes themes and elements of valuable national meaning, setting apart that which is small but bearing in itself profound significance, expressing his thought in a definitive, incomparable charm and style".

The author highlights the travel impressions of Kazantzakis in China-Japan, the Soviet Union and England. In each case she presents the way in which the traveller penetrates in the soul of every people and their deepest interests. She illustrates the characterization made by Kazantzakis of these nations quoting extensively from the roaming poet. After many decades have past, the author may thus share the encounter of the writer with those peoples and his use of deeper elements that go beyond superficial anecdotes, and his philosophical attitude that always tries to register and point out the tragical elements of human presence in this world.

Trans. by
Henry Lowick-Russell